



Seix Barral

Tomás González

El rey del Honka-Monka



Tomás González

El rey del Honka-Monka

Diseño colección: Josep Bagà Associats

- © Tomás González, 1993
- © Edición revisada por el autor, 2017
- © Editorial Planeta Colombiana S. A., 2017
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-5757-4

ISBN 10: 958-42-5757-9

Primera edición: abril de 2017

Impreso por
Desarrollo E-pub
Digitrans Media Services LLP
INDIA

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

*Otra vez viene la lluvia, ¿dónde ahora?
Cae menuda sobre sauces y perales,
violenta sobre gente en estampida,
violenta sobre barcos agobiados
mar adentro,
suave sobre techos sobre amantes,
sobre niños, sobre perros a cubierto,
limpia sobre el agua clara de algún lago,
atribulada por las rejas de las calles
se dibuja sobre telas verticales sobre
valles, se repite, cae, se evapora y
cae y se repite.*

POEMA VIII, *MANGLARES*

ÍNDICE

Verdor

Aguaceros de mayo

Viaje infinito de Carola Dickson

Víctor viene de regreso

Historia del rey del Honka-Monka

VERDOR

Después de la tragedia se quedaron todavía por un tiempo en Bogotá. Pasadas las molestias del entierro, las palmadas en el hombro, la piedad de gente que apenas conocía, él perdió la fortaleza que se le había visto después de la noticia y durante las ceremonias que siguieron. Y entonces a ella, que había sufrido de desmayos primero y luego había sido sacudida por crisis nerviosas que debieron ser calmadas con enormes dosis de Valium, le tocó oírlo llorar a altas horas de la noche, encerrado en el baño, con gemidos contenidos de persona corpulenta.

No volvió a tocar un pincel y amontonó los cuadros, sin mirarlos, en una especie de bodega que había bajo la escalera. Y aunque seguía siendo una persona silenciosa y afable, se le podía notar cierto desgano, cierta agresividad re-frenada. Todavía andaba con muchos amigos, pero ahora se quedaba alelado mientras los otros hablaban, mirando al vacío con ojos desolados. A veces bebía demasiado y terminaba dejando su pesado corpachón colgado de la silla. Los amigos lo cargaban entonces y Lucía los veía entrar, sudando, los tragos pasmados por el esfuerzo de bajarlo del carro y subirlo hasta la alcoba. Lucía les servía un trago, les ponía un disco, conversaba un poco, los besaba en la mejilla y los echaba.

Después de un año de verlo como roto e inmovilizado, ella empezó a preocuparse. Con los cuadros terminados se había logrado montar una exposición que resultó ser un relativo éxito, tratándose de un pintor todavía joven y poco conocido. Pero si en condiciones normales el éxito le pro-

ducía cierta desconfiada curiosidad, ahora lo dejaba indiferente. Lucía tuvo que disfrutar sola con las reseñas donde se alababa su extrema habilidad y se le auguraba un futuro promisorio; y sólo ella pudo alegrarse por la rápida venta de los cuadros y recibir unos dineros que llegaban bien, aunque en el fondo no los necesitaran.

Entonces metieron los muebles en un depósito, alquilaron la casa y se fueron. Volaron a Los Ángeles. Alquilaron un carro.

Al principio él pareció aliviado con el cambio, y por momentos se le pudo ver alegre con aquel vagabundeo que los metía veloces entre naranjales infinitos y después los hacía entrar a los deslumbrantes paisajes resecos de Nuevo México y Arizona. Vieron soles enormes desaparecer entre piedras y cactus; vieron camiones lejanos titilando en la distancia requemada.

Se quedaban un par de días en algún motel o cabaña y después volvían a meterse en los paisajes gigantescos, donde podía sentirse al mismo tiempo la sensación de la inmovilidad y del vértigo. Y si viajaban de noche, él incluso podía poner música, subir el volumen y dejar que el sonido de mandolinas saliera por las ventanillas y se fuera como chispeando contra la enorme oscuridad.

Pero fue un entusiasmo fugaz. Antes de llegar a Nueva Orleans su mal genio volvió a acentuarse. Se quejaba de la monotonía de hoteles y autopistas, hacía comentarios sarcásticos sobre la pulpa insípida en que los gringos convertían todo lo que tocaban y se burlaba de los cuadros de Picasso que colgaban sobre los inodoros de los hoteles. Cuando llegaban a algún hotel, se quedaba esperando a que ella saliera de la oficina con la llave, y entonces estacionaba el carro, entraba al cuarto y se tiraba a la cama sin ayudar a bajar nada, sin lavarse los dientes, sin desvestirse siquiera. Y al día siguiente Lucía debía cargar maletas y maletines, y entregar la llave en la oficina.

En Nueva Orleans se alojaron en el barrio francés en un apartamento bello y polvoriento que les alquiló una señora que tenía los dientes podridos y parecía la bruja de Hansel y Gretel. Salieron de día a pasear por las aguas lodosas del Misisipi en un pequeño vapor de aspas rojas, cargado de turistas, que navegaba bien aunque pareciera de confite y caramelo; por la noche recorrieron Bourbon Street, mezclados con los demás turistas a medio emborrachar que recorrían la calle de arriba abajo oyendo música y mirándose los unos a los otros. Y aquella primera noche, rematada en un bar donde un pianista musculoso que tenía nariz quebrada de boxeador le dedicó a Lucía una versión algo desvencijada de *Farolito*, él pareció divertirse.

Durmió mal, sin embargo. A las cuatro de la mañana, sentado en el balcón frente a un cenicero repleto de colillas, miraba pasar los últimos borrachos. Y a las diez miraba su desayuno con cara ceñuda y cenicienta.

Ella le recordó, en el tono más severo del que era capaz, que no era sólo él quien había sido golpeado por la desgracia.

Se quedaron cuatro días en Nueva Orleans. A pesar de los comentarios sarcásticos que debía oír de tiempo en tiempo, Lucía se sintió fascinada por esa ciudad alegre, un poco sucia y un poco fermentada, tan parecida a las ciudades del Caribe. Como pasa a veces con la gente silenciosa, él parecía certero cuando hablaba; pero si alguien se hubiera puesto exigente, lo del Disney World para borrachos o lo de los prostáticos tocando clarinete habrían resultado apenas intentos débiles de hacerle daño a un sitio que resultaba difícil dejar de querer. Lucía se quedaba un rato callada, mirándose las manos, y después de darle la razón volvía a dejarse llevar por un bullicio y un movimiento que la deslumbraban.

En Nueva Orleans entregaron el carro, que con su olor a resinas sintéticas, sus blanduras plásticas y sus peluches a base de petróleo había empezado a asquearlo a fondo, y

se fueron para el norte en el camarote-litera de un enorme tren expreso. Por la noche, mientras pasaban postes y fábricas sombrías, mientras él dormía o fingía dormir en la litera, Lucía miraba la eternidad que cada cierto tiempo abrían hacia el este los relámpagos de una tormenta cercana. Horas después se acostó y lo sintió llegar, innecesariamente brutal —dulce y cariñosa, ella nunca se le había negado—, arrancándole la ropa a manotazos y penetrándola, rasgando y magullando, mientras el tren pitaba feroz, metido ahora en la tormenta masiva que azotaba las ventanillas y revolcaba los árboles vertiginosos y relumbrados. El clímax fue rápido y aterrador, y pareció venirles desde el corazón mismo de las tinieblas.

Días después, sin camisa, él miraba llover por la ventana. Aunque estuvieran todavía en plena primavera, sobre la ciudad había caído una ola de calor y lluvia que la oscurecía y la hacía aún más densa. Frente al hotel un hombre despatarrado dormía aferrando una botella de vino en la mano derecha. Lucía había salido temprano y esta vez ni se había tomado el trabajo de invitarlo. Cuando lo llamó a mediodía para decirle que todavía se demoraba otro par de horas, él le contestó que podía demorarse lo que quisiera; cuando regresó, a eso de las cuatro de la tarde, lo encontró sin camisa, mirando llover por la ventana. El hombre despatarrado se había despertado y, sin levantarse, sin soltar la botella ni quitarle la cara barbuda a la lluvia, le pedía plata a la gente que pasaba.

Dejó de llover.

Visitaron a un amigo pintor que se vestía de negro, llevaba el pelo muy corto y usaba una gotera de oro en una oreja pulcra y rosada como un caracol. Tenía un estudio grande, donde producía cantidades abrumadoras de animales como electrizados sobre fondos de colores primarios. Después de dos tragos empezaron a recorrer el estudio mirando esa serie infinita de imágenes —vendidas, ciertamente, mucho antes de que empezaran a ser pintadas—.

«Esto lo que es es una puta fábrica», dijo él, y Lucía lo miró con ojos muy abiertos. El amigo no parecía ofendido, pero tampoco encontraba qué decir. Sonrisa cordial y ojos helados, mencionó los tiempos, que cambiaban.

Lo de la puta fábrica fue lo único que dijo hasta el final de la visita. Para salvar las apariencias, ella tuvo que sostener la conversación con su inglés precario mientras un macaco endemoniado la miraba desde uno de los óleos. El cielo se había cerrado otra vez y había tomado el color del cemento. De regreso al hotel, Lucía sintió ganas de llorar.

El domingo siguiente miraban a un maromero chino que con dos palos lograba mantener otro en el aire, golpeándolo constantemente hasta dar la sensación de que flotaba. La pequeña plaza era un caos de prestidigitadores, equilibristas y músicos. Jóvenes de pelo verde y pantalones de cuero fosforecían de palidez bajo el sol. Después de hacer flotar el palo, el maromero chino empezó a escupir candelas, pero sólo Lucía pudo verla, porque él estaba sentado en una banca, encorvado bajo sus grandes espaldas, mirándose los zapatos. De regreso al hotel vieron a una viejita en patines, con la cabeza canosa llena de flores plásticas de colores. Cruzó frente a Lucía y le sonrió, afectuosa y feliz.

—¿La viste? —preguntó ella.

Él no contestó.

Lucía dijo que había visto a una viejita en patines con el pelo lleno de flores plásticas de colores.

—¿Y qué querés? —preguntó él.

Y entonces preguntó que si ella quería que él se orinara de la risa.

Para la primavera siguiente el pellejo le colgaría de los huesos como a un buey enfermo.

Después de la partida de Lucía —lo dejó, por supuesto, incapaz de aguantar por más tiempo esa mezcolanza de apatía y crueldad— se sintió aliviado, como si le hubieran quitado un morral de encima. Caminó liviano por las calles, sin rumbo. Entraba a los bares, salía de los bares, disfrutaba

de una inmediatez que por su intensidad abolía el pasado por completo. A la señora que le alquiló el cuarto, uñas roídas, joyas baratas y una actitud impersonal algo ingenua, le dijo que se llamaba Boris y se dedicaba a la reparación de instrumentos. Adornó la mentira con algunos detalles y dejó aparecer el gesto más parecido a una sonrisa que había tenido o iba a tener en mucho tiempo. Y se instaló en un cuarto que olía a humedad y a estiércol de palomas.

Las palomas venían de todas partes y anidaban en el alféizar de las ventanas. La primera mañana fue despertado por su arrullo desapacible y por el aleteo sórdido que producían cuando llegaban o se iban del alféizar. No sin esfuerzo abrió la ventana, que había sido pintada muchas veces sin nunca abrirse y estaba soldada al marco, y vio dos nidos, cada uno con un par de pichones implumes y ciegos. Blandos reptiles del Apocalipsis, gárgolas repugnantes, abrieron sus desmesurados picos con avidez primordial y cayeron al vacío como pequeños demonios, para estrellarse y desaparecer tres pisos más abajo, entre pedazos de ladrillo, pedazos de alambre, sillas desbaratadas y colchones sucios, todos desperdigados en el patio que correspondía al edificio.

Dos edificios vecinos estaban abandonados: uno tenía las ventanas tapiadas y parecía un enorme nicho funerario, del otro entraban y salían las palomas. Y del reguero de ladrillos del patio brotaban pequeños árboles, muy proporcionados, frescos y de un verdor absurdo para aquellos lugares donde no llegaba nunca el sol.

Durante el verano durmió de día y caminó sin rumbo por las noches. Tal como se había anunciado desde la primavera, el verano llegó especialmente caliente y sofocante: llovía mucho y antes de cada aguacero el aire se ponía espeso y aplastaba. Metido en una penumbra de persianas bajadas él sudaba en pantaloncillos, durmiendo o mirando girar un ventilador de aspas metálicas que sonaba como si alguien estuviera sacudiendo una bolsa con clavos o mone-

das. Por la noche se ponía la ropa sobre el cuerpo todavía encharcado de sudor y salía a la calle después de sacar un par de billetes del sobre donde Lucía le había dejado una suma grande, tan grande al menos como irían a ser sus necesidades durante el verano, dinero que él ni había pedido ni había rehusado.

Después de caminar un rato se metía a cualquier bar, pedía una cerveza y se sentaba a mirar la televisión.

En las tinieblas del bar alumbraba el verde del pasto en estadios donde hombres de mandíbula cuadrada escupían y rasgaban el aire con miradas diamantinas. Señoras de ojos azules abrazaban con amor cajas de detergente mientras maridos vestidos con camisas impecables las miraban complacidos. Una pareja de novios se arrebatava una galleta de chocolate y se reía. La espuma de su cerveza se desvencijaba poco a poco, regresando de una elaborada e ilusoria estructura a la sencilla repugnancia del líquido plano y ahora tibio, que él bebía sin asco y casi sin pensarlo. En la pared de los baños, vulvas humilladas recibían falos en los que el orgullo masculino se sumaba a la propia torpeza del dibujo para plasmar una vanagloria atroz que alcanzaba los últimos límites posibles de la fealdad. Cuando algún fanático del béisbol le palmoteaba la espalda, sin sospechar que no se trataba de un camarada sino de alguien que sólo miraba el verde puro, abstracto e irreal de los prados lejanos, él encogía sus hombros anchos, cada vez más huesudos, de modo que el fanático dejaba congelar un poco la sonrisa, enfriar sus ojos entusiastas, y retiraba el brazo, consciente de que había tocado un territorio profundo y prohibido.

Después de mantener por horas el codo sobre la barra y la mandíbula apoyada en la palma de la mano, salía del bar a la hora de cerrar con el hombro derecho cubierto por la ceniza de los incontables cigarrillos que habían ardido entre sus dedos mientras miraba a los novios que se disputaban las galletas de chocolate. Caminaba por calles que olían a orines, llenas de periódicos y paraguas desmembra-

dos, y se dirigía hacia los parques del río. En las bancas dormían los hombres desplomados. El móvil reflejo de un aviso de Pepsi-Cola flotaba sobre las aguas oscuras. A veces dormía en una banca, como los otros, a veces se amaneecía viendo bajar las aguas sucias hacia el mar. Cuando llegaba al cuarto se tomaba un trago grande, para escapar del aleteo de las palomas, y se tiraba en la cama a sudar y a soñar con un pasado que regresaba en imágenes descoyuntadas y revolcadas, como si por su memoria acabara de pasar un viento furibundo.

Sin hablar casi con nadie, sin lavar su ropa, sin preocuparse por su creciente mal olor, se le fue pasando el verano. El pintor de animales endemoniados lo invitó un día a una fiesta a la que irían amigos comunes, pero él no fue, por supuesto. Ni siquiera pensó que resultaría difícil entenderse con gente demasiado inteligente, que el buen gusto de una rebeldía aparente iba a hastiarlo o que las mínimas formas convencionales de trato irían a resultarle insoportables. En un tono neutro dijo, sin más, que no quería ir; miró con sencillez al pintor de animales electrizados, como se mira y entiende un cactus o una rosa, le dio la espalda y lo olvidó por completo.

El clima todavía no empezaba a refrescarse. Los hidrantes elevaban de día chorros de agua en los que se bañaban los niños como pájaros; de noche caían contra el espejo del asfalto como si arrastraran carros y edificios, sirenas y neones, y los aniquilaran en un cataclismo espectacular contra la tierra.

Él recorría las noches del verano metiéndose por sitios profundos, recovecos turbios, pero casi siempre buscando terminar la noche bajo cielo abierto. Por algún tiempo anduvo con una mujer morena que tenía el tatuaje de una culebra en el estómago. Con ella entró y salió de bares, con ella pasó días en cuartos de hoteles desastrosos, que tenían bañeras negras y cortinas espesas y raídas, y que parecían estar más hondo que los trenes subterráneos cuyo rui-

do los calaba por completo. Envuelta en la luz de mecheros de alcohol, la vio hacer brillar jeringas, la vio casi desaparecer de placidez en el fluido de su propia sangre como quien se deja llevar por un ancho río hacia el olvido. Aparte de que se hacía llamar Boris, ella no supo ni quiso saber nada de su vida. Se poseían con lujuria y sin ternura. Se encontraban al azar, sin alegría y de un modo fatal, como si dioses desganados hubieran tenido el momentáneo capricho de arrimarlos. Se despedían sin darse cuenta, desapareciendo el uno del otro como desaparecen las personas en los sueños.

Cada cierto tiempo recibía cartas con estampillas de animales, plantas tropicales, próceres. Las dejaba sin abrir hasta que llegaba una nueva y entonces leía las dos con desatención, chismes lejanos, historias de amigos que ya había olvidado, formas afectivas que de lo puro marchitas ya ni tristeza producían. A veces se quedaba largos ratos mirando el azul intenso de las grandes mariposas, y a duras penas leía la letra abierta, pulcra, femenina, que le hablaba de gente que para él ya estaba muerta. Las orquídeas, las mariposas de Muzo, los héroes de mirada ingenua, en la barra de un bar, en su propio cuarto, en los hoteles, eran despojos mínimos y nítidos de un inmenso naufragio que a estas alturas ya ni centro tenía, ni periferia. En un sobre le llegaron las páginas dobladas de un periódico, donde se hablaba de él y se reproducía uno de sus cuadros. Las miró y volvió a doblarlas como si fueran un documento amarillo y apolillado, un poco repugnante, que hablaba de gente remota, desde hacía mucho tiempo convertida en polvo.

Para entonces el pelo le había crecido demasiado y se lo había agarrado atrás con un caucho. Su frente se veía muy amplia, sus ojeras muy grandes.

Los vientos empezaron a soplar más frescos. Las camisas de pana que había traído de Bogotá le colgaban abundantes y le daban una apariencia mística. Se afeitaba cuando el roce de la barba con la almohada empezaba a fastidiarlo,